

Innovaciones en clínica y psicopatología de la adolescencia

PHILIPPE JEAMMET*

RESUMEN

El aumento actual de los estados límite, de las patologías narcisistas y de los trastornos del comportamiento en la adolescencia, no refleja tantos cambios estructurales en profundidad de su organización psíquica, como unas nuevas formas de expresión de las mismas, algo diferentes a las del pasado y coherentes con la evolución social y el comportamiento de los adultos. Desde un punto de vista psicopatológico podemos considerar, por tanto, el conjunto de trastornos de la adolescencia como un ajuste de la dependencia. Esta perspectiva no es, por supuesto, exclusiva ni invalida las otras aproximaciones psicopatológicas. PALABRAS CLAVE: adolescencia, dependencia emocional, patología, trastornos de la conducta.

ABSTRACT

INNOVATIONS IN THE CLINICAL PRACTICE AND PSYCHOPATHOLOGY OF ADOLESCENCE. The present increase of borderline states, narcissistic pathologies and conduct disorders during adolescence does not reflect profound structural changes of their psychic organization as much as it does new forms of expression of these. These new forms of expression are somewhat different from those of the past, and are in coherence with social evolution and adult behaviours. From a psychopathological point of view we can, therefore, consider the array of adolescent disorders as an adjustment to dependency. This perspective is definitely not exclusive, nor does it invalidate other psychopathological approaches. KEY WORDS: adolescence, emotional dependency, pathology, conducts disorders.

RESUM

INNOVACIONS EN CLÍNICA I PSICOPATOLOGIA DE L'ADOLESCÈNCIA. L'augment actual dels estats límits, de les patologies narcisistes i dels trastorns del comportament en l'adolescència, no reflecteix tant uns canvis estructurals en profunditat de la seva organització psíquica, com unes noves formes d'expressió d'aquestes, una mica diferents a les del passat i coherents amb l'evolució social i el comportament dels adults. Des d'un punt de vista psicopatològic podem considerar, per tant, el conjunt de trastorns de l'adolescència com un ajust de la dependència. Aquesta perspectiva no és, evidentment, exclusiva ni invalida les altres aproximacions psicopatològiques. PRAULES CLAU: adolescència, dependència afectiva, patologia, trastorns de conducta.

La adolescencia ha entrado con fuerza en el campo de la psicopatología en estas últimas cuatro décadas, hasta el punto que las dificultades de los adolescentes se presentan desde hace algún tiempo como un verdadero problema de salud pública. Es el caso, en particular, de los trastornos de conducta, especialmente en su dimensión destructiva cuando toma una forma auto o heteroagresiva. El suicidio es la segunda causa de mortalidad en esta edad y, probablemente, la primera si incluimos un cierto

número de accidentes, debidos a riesgos imprudentes. Las toxicomanías, el alcoholismo, las conductas antisociales y la violencia bajo todas sus formas están en constante crecimiento, tanto como los trastornos alimentarios, especialmente la anorexia y la bulimia, pero también la obesidad. No podemos no interrogarnos acerca de los factores o sobre las causas de esta evolución.

¿Se trata, pues, de verdaderas novedades en el campo de la clínica de la adolescencia y de cambios en

Recibido: 07-06-2010 – Aceptado: 11-10-2010

** Jefe de servicio de Psiquiatría del adolescente y del adulto joven en el Instituto Mutualista Montsouris – F-75014 Paris.*

Correspondencia: philippe.jeammet124@orange.fr

la psicopatología que reflejarían una mutación en profundidad de la personalidad y del funcionamiento psíquico de los adolescentes? Pensamos que no. Lo que nos revelan estos cambios, por el contrario, es la permanencia de la problemática adolescente, pero también su extrema sensibilidad a las variaciones del entorno psicosocial que condiciona, en gran medida, las formas de expresión clínica de la crisis de la adolescencia.

La novedad no es la crisis. Es clínica, en las formas de expresión psicopatológica de esta crisis, ya que estos cambios vienen a revelar la importancia del apego y de lo que llamamos la dependencia afectiva en la adolescencia. Así pues, la problemática del vínculo se sitúa en primer plano y se impone a la del conflicto de deseo, en estrecha resonancia con la evolución hacia una sociedad más liberal y menos represiva.

Podemos considerar, entonces, que a esta transición que es la adolescencia le corresponden unas determinadas exigencias internas y externas cuya presión sobre el aparato psíquico induce a un trabajo de revisión y de elaboración, del cual dependerán, en gran parte, la organización y el funcionamiento de la personalidad.

Todo individuo, durante la adolescencia, se encuentra confrontado al impacto sobre su economía psíquica, en una doble dimensión: la primera es somatopsíquica, ligada a las transformaciones biológicas de la pubertad con acceso a una madurez física, que permite las relaciones sexuales completas y la posibilidad de reproducción. La segunda dimensión es simbólico-cultural, de cambio de status social, de acceso a una identidad sexual adulta, a funciones a nivel laboral y de reproducción de una filiación. Se trata, por tanto, de un fenómeno natural, fruto ineludible de la madurez biológica del ser humano, pero en el que la incidencia cultural será, además, fuerte y necesaria, ya que estas transformaciones físicas tienen inmediatamente un efecto sobre la distribución de los roles en el seno del grupo social y lo confrontan en lo que tiene por misión esencial: regular la amenaza de incesto.

Los efectos de este contexto socio-cultural repercuten sobre como se expresa la crisis de la adolescencia. Pues hay crisis en la medida en que la adolescencia supone una exigencia de cambio. Las transformaciones físicas de la pubertad y sus consecuencias psicosociales son tales que su psiquismo debe realizar un trabajo de integración de estos nuevos elementos, que hace que el adolescente no pueda ser ahora, ni funcionar después, como antes. Si parece no haber cambiado, ese estado

es un cambio en sí mismo, ya que se corresponde a un rechazo activo de estos nuevos parámetros o, al menos, a su no integración. Los equilibrios afectivos y relacionales, que se expresan en la imagen y en la estima de sí mismo, no son ya los mismos que antes de la pubertad. Los elementos de base son modificados independientemente de los deseos y de la voluntad del adolescente. Hay por tanto crisis porque los nuevos elementos son tales que fuerzan al adolescente al cambio. Sea de manera más o menos rápida, más o menos importante, el hecho es que el cambio es inevitable. La crisis es inherente al proceso de desarrollo en sí mismo y no se traduce necesariamente en una expresión “ruidosa” del comportamiento.

La adolescencia implica, pues, una exigencia de “trabajo psíquico” inherente al desarrollo de todo ser humano. Fenómeno natural por tanto, pero fenómeno individual también que, en la forma y en el fondo, está siempre condicionado por la cultura a la cual cada uno pertenece. Vemos, en definitiva, a la adolescencia, como una etapa de desarrollo universal, en la que las manifestaciones de su resolución variarán considerablemente de una época a otra y de una cultura a otra. En el seno de una sociedad dada, como por ejemplo la nuestra, las formas y los fines cambiarán en función del sexo, del momento de la adolescencia, como de la organización psíquica del adolescente o del sistema familiar al cual pertenece.

No deja de sorprendernos la constancia con que las sociedades se han ocupado de enmarcar cuidadosamente este recorrido, al punto de reducirlo a una ceremonia. Todas las sociedades han buscado organizar este pasaje y ofrecer a los adolescentes un modelo “iniciático” que les sirva de “equipaje” para el camino que han de recorrer y como una representación de la transformación que les afectará.

La pubertad como traumatismo potencial

Es importante no minimizar la potencialidad traumática de la pubertad, su carácter de posible fractura, de desbordamiento de las capacidades de organización del yo delante de este brutal cambio del cuerpo y de su economía pulsional. Este acceso a un cuerpo apto para ejercer las pulsiones, tiene efectos sobre la psique del preadolescente, así como el sentimiento de estar abocado a cosas que se le imponen sin que él las haya escogido. Esta pasividad es susceptible tanto

de fascinarlo como de asustarlo, especialmente porque lleva revivir la dependencia de su primera infancia. Esta pasividad le confronta ineludiblemente a las leyes de la naturaleza y a lo que puede vivir como su destino, particularmente, todo aquello que le es impuesto por su nacimiento, su condición sexual –de chico o chica–, todo ello sin que se le haya consultado sobre sus eventuales preferencias. Vemos como este enfrentarse a las necesidades que le impone un sexo que no ha escogido, le reenvía a un cuerpo ya conocido y, sobre todo, a su apariencia física que aún es independiente de sus elecciones y preferencias. Este cuerpo es, básicamente, fruto de la unión de los padres, representante privilegiado de la escena primitiva. Es, por tanto, un buen representante de los lazos objetales con los padres, de la misma manera que la relación que el adolescente contrae con su nuevo cuerpo púber reflejará la calidad del vínculo que ha establecido con los objetos parentales durante la primera infancia.

Enfrentarse a la pasividad se suele experimentar de buen grado, pero cuando no ha sido escogida por el individuo –y más específicamente por el adolescente–, aparece como una amenaza ya que cuestiona el sentimiento de continuidad y de unidad fruto del progresivo dominio de los propios recursos y experiencias. En la adolescencia, las fuentes de esta pasividad son dobles y se refuerzan la una a la otra: pasividad del yo frente a las transformaciones puberales que se le imponen y en las que el cuerpo es el objeto de las mismas. En segundo lugar, pasividad ligada a una situación de espera con respecto a los adultos, pero también con respecto a los futuros objetos de atención tanto afectivas como profesionales, así como de un estatus social por venir.

Cuanto más brutalmente se efectúen las transformaciones puberales y, sobre todo, entren en resonancia con los conflictos de pasividad y dependencia anteriores, más se arriesgan a tener una connotación traumática. Ésta es susceptible de inducir una verdadera disociación entre la psique y el cuerpo, teniendo el adolescente el sentimiento de que la primera permanece bajo su control, mientras que el segundo se le escapa. El cuerpo es entonces vivido como el resurgimiento de los conflictos infantiles, como el fantasma que justamente representa estos lazos de dependencia mal resueltos con respecto a sus objetos primarios; es decir, las figuras parentales de su primera infancia tal como las ha construido a partir de su inconsciente vivido. El cuerpo del adolescente corre peligro de ser un “cuerpo extraño”

con el cual va a ser necesario hacer todo un trabajo para familiarizarse con él. Llevado al límite, este sentimiento de extrañeza del propio cuerpo puede tomar una dimensión persecutoria. Encontramos frecuentemente tal vivencia en las chicas –a menudo de manera pasajera–, en las que las transformaciones puberales son rápidas y mucho más espectaculares que en los chicos. Ellas se encuentran en pocos meses con un cuerpo de mujer que cambia totalmente la imagen que tienen del mismo y, más aún, la de los otros, especialmente de los adultos. Los ataques, los rechazos globales o focalizados de los cuales es objeto el cuerpo, como por ejemplo en las dismorfofobias, pueden ser vistas como ataques contra los objetos internos y las figuras parentales y, a través de ellos, alcanzar al narcisismo del sujeto y a la representación que pretenden alterar y amputar.

Vulnerabilidad narcisista del adolescente y dependencia del entorno

La adolescencia tiene de específico que ve conjuntarse las dos grandes líneas del desarrollo de la personalidad:

- La de la interiorización, que se nutre de la interacción con el entorno y, particularmente, con las personas más investidas e importantes, entre las cuales está la madre y, luego, el padre, a medida que los dos se van diferenciando cada vez más. Se apoya sobre las relaciones objetales a través de los intercambios por las zonas erógenas y desemboca en la constitución del mundo fantasmático y de los objetos internos. Son estos intercambios que literalmente nutren la personalidad del niño y sirven de base a las identificaciones.
- La otra línea es la de la diferenciación, de la subjetivización (Cahn, 1998), por la cual el sujeto se reconoce y se afirma desarrollando el sentimiento de sí mismo y de lo que le diferencia de los otros. Es el eje de la autonomía y del narcisismo, que aúna todo lo que contribuye a reforzar esta independencia y asegura la diferencia entre el individuo y los otros.

Ahora bien, la adolescencia pone a prueba y cuestiona la solidez de cada uno de estos ejes y amenaza con volverlos conflictivos, de hacerlos aparecer como antagonistas en lugar de complementarios. El antagonismo entre estas dos líneas de desarrollo no es percibido, evidentemente como tal, por el sujeto. Es vivido y experimentado como una “molestia interna” que no dice ni

su nombre ni su origen, y que no puede ser percibida más que por sus efectos. Tanto es así que no se trata ya de conflictos entre deseos contradictorios o un deseo y una prohibición, sino de exigencias internas que no pueden ser percibidas por estos adolescentes más que como aniquilándose mutuamente. Estamos de hecho en el registro de una paradoja que podría formularse de la manera siguiente: “la fuerza que me falta para ser autónomo y que tomo prestada a los adultos de los cuales dependo –porque los necesito– es, en la misma medida, la que amenaza mi autonomía”. Los dos términos del antagonismo no pertenecen, en efecto, al mismo nivel de lógica. No se oponen, al contrario, deberían completarse, como se da en el caso de un desarrollo más satisfactorio donde el narcisismo se nutre de la interiorización de las relaciones objetales.

Las consecuencias de esta paradoja se hacen sentir a dos niveles: en primer lugar, sobre el desarrollo de la personalidad, impidiendo la consecución de los procesos de intercambio e interiorización y bloqueando los mecanismos de identificación, necesarios para la madurez del sujeto. En segundo lugar sobre el funcionamiento mental, obstaculizando las posibilidades de representación que tienen considerables efectos específicos en el pensar, como lo han mostrado los estudios sobre los sistemas de interacciones y el pensar paradójico, según los trabajos de G. Bateson.

Podemos ver en esta amenaza sobre la autonomía y el pensar del sujeto, una situación de violencia que ataca su integridad narcisista y que genera, como respuesta, una violencia defensiva que la transforma en un acto conductual. Este acto intenta restaurar unos límites y una identidad amenazada, por la negación de los deseos, de los vínculos objetales internos y por el dominio de los objetos externos. La paradoja así creada es susceptible de suscitar violencia, independientemente de todo factor pulsional cuantitativo.

La combinación de estas dos líneas de desarrollo y de esta doble presión resulta específica de la adolescencia. La intensidad de cada corriente contribuye poner en conflicto a la otra: las fallas narcisistas sexualizan los vínculos, mientras que el aumento de las investiduras pulsionales objetiva el peso de los objetos de investidura y aumenta el sentimiento de dependencia con respecto a ellos. La hendidura incestuosa de los vínculos padres-hijos revela tanto la fragilidad de los límites del yo como la fuerza pulsional de las investiduras o, más bien, que ésta última es un efecto de la otra (Bateson).

En resumen, es la calidad de los lazos precoces con los objetos lo que garantiza la interiorización y el desarrollo de las capacidades autoeróticas. Así, el “buen objeto” se vuelve constitutivo del *self* y atenúa la dependencia con los objetos externos, aquellos de la realidad perceptivo-motriz. Al contrario, la falta de adaptación del objeto externo a las necesidades y demandas del niño crea las condiciones de una inseguridad interna y de una sobreinvestidura defensiva de estos objetos externos. La interacción entre el niño y su entorno se configura bajo el signo de la amenaza identitaria, o bien, de la búsqueda de sustitutos objetales bajo la forma de una autoestimulación, y la experiencia muestra que esta revela inevitablemente una forma autodestructiva.

Este recordatorio tiene por fin subrayar la importancia del equilibrio entre los recursos internos y el recurso al mundo externo perceptivo-motor. El correlato de esta insuficiencia de los cimientos narcisistas internos es que el equilibrio narcisista permanece ampliamente sostenido por la relación con los objetos externos a los cuales les es confiada la misión de contrainvestir una realidad interna, la cual hace pesar en el sujeto una amenaza de desorganización. Todos necesitamos de un aporte exterior que venga a sostener nuestros recursos internos. Pero en aquellos que son tributarios de una fuerte presencia externa para asegurar su equilibrio interno, esta presencia, en particular la de los padres, amenaza con volverse conflictiva en el momento de la adolescencia. Es la permanencia de relaciones, en general más o menos idealizadas, con uno o varios personajes especialmente investidos, la que asegura una continuidad del sujeto, ya que el mero recurso a los objetos internos no son suficiente garantía.

Sin embargo, es este tipo de vínculos los que la adolescencia hace especialmente conflictivos. La sexualización de las relaciones y la desidealización conjugan sus efectos para hacer perder a estos objetos su rol de soporte narcisístico. Sin embargo, la necesidad en la que se encuentra el adolescente de asegurar su nueva autonomía y, por ende, de acabar sus identificaciones y de confirmar la solidez de sus experiencias internas, refuerza su dependencia objetal, lo cual exagera y reactualiza el antagonismo entre necesidad objetal y autonomía del sujeto.

Así pues, desde el punto de vista del funcionamiento psíquico, la dependencia puede ser descrita como la utilización, para fines defensivos, de la realidad

perceptivo-motriz como conrainvestidura de una realidad psíquica interna claudicante o amenazante (Jeammet, Corcos, 2000). Dentro de esta perspectiva, la dependencia es una virtualidad y una constante del funcionamiento mental ya que existe siempre un juego dialéctico de investidura y conrainvestidura, entre la realidad psíquica interna y la realidad externa. Este funcionamiento resulta problemático en la medida en que se convierte en un modo dominante y duradero en detrimento de otras modalidades. Se trata entonces de una modalidad de funcionamiento susceptible de implicar diferentes estructuras y organizaciones psíquicas, y aparecer o desaparecer en función de variaciones de las condiciones internas y ambientales a las que, por definición, es extremadamente sensible. Tenderán a volverse más dependientes aquellos que utilizan de manera dominante, apremiante, la realidad externa; es decir, el mundo perceptivo-motor, para conrainvestir una realidad interna en la cual que no pueden apoyarse ya que no les da una seguridad interna necesaria, base de esta relativa libertad. Una realidad interna suficientemente segura ofrece, en caso de conflicto o dificultades, la posibilidad de regresión que no es sinónimo de desorganización. Los sujetos dependientes no disponen, por múltiples razones, de esta base suficientemente segura a nivel de su realidad interna.

La conducta no puede servir por sí sola de única referencia y comportamientos, en apariencia opuestos, pueden depender de una parecida problemática psíquica. Así, la manera con la que el sujeto acepta una dependencia no resuelta, puede traducirse en una conducta de apego exacerbada y de enganche a sus figuras de apego o, por el contrario, convertirse en una actitud de oposición o de evitación. En los dos casos, la referencia al funcionamiento mental permite inferir fallos en los procesos precoces de interiorización y del narcisismo. El ajuste psíquico se realiza de manera opuesta en cada caso, pero el denominador común es que los objetos de apego de la realidad externa sirven para conrainvestir una realidad interna ansiógena.

La cuestión del dominio del vínculo y del control de la distancia a los objetos se vuelve central. El trabajo psíquico de interiorización y de recurso a la satisfacción alucinatoria del deseo se borra en beneficio de la sobreinvestidura del control perceptivo-motor. Nos encontramos de nuevo delante de esta aparente paradoja que es el aumento potencial de la dependencia con los objetos externos y de su importancia para

asegurar el equilibrio interno pero que, a su vez, hace difícil la relación con estas figuras, al punto de resultarles intolerables. Como siempre, cuando el equilibrio narcisista es masivamente dependiente de apoyos externos, se requieren los fenómenos de reacción en espejo en una especie de reflejo de protección de la identidad. El yo intenta volver dependiente de él, el objeto del cual depende.

La importancia de la dependencia se traduce, en paralelo, por la fuerza de los mecanismos de control empleados con respecto al objeto de dependencia y por la importancia de la investidura y el enganche a los elementos sensoriales y perceptivos, en comparación a la investidura del mundo interno de las representaciones y de los afectos. Simultáneamente, como bien lo ha puesto de manifiesto Denis (1997), el placer del dominio toma prioridad sobre el placer de la satisfacción.

El desarrollo de la dependencia implica tanto mecanismos psíquicos de defensa como de comportamientos. La naturaleza y la solidez de los primeros inciden sobre los segundos. Aquí su carácter patológico no depende tanto de la naturaleza sino del uso que se hace de estos mecanismos y, sobre todo, de los efectos que tienen sobre el equilibrio del sujeto y sobre sus capacidades de adaptación inmediata y futuras. Por otra parte, cuanto más unívocos y masivos son estos mecanismos, más patógeno es el potencial que tienen; cuanto más impiden el desarrollo y limitan las capacidades de expresión y de intercambio, más riesgo suponen para el porvenir.

Existe durante todo este período, lo que llamaríamos un conjunto de posturas que hacen de esta edad un momento crítico con riesgos específicos. Estas posturas estarían relacionadas con una vulnerabilidad durante la infancia que podría dar paso, en la adolescencia y en la inmediata postadolescencia, a conductas patógenas, siendo susceptibles de reorganizar la personalidad alrededor de ellas y de fijar al sujeto en la repetición de conductas que podemos entonces calificar de patológicas. El carácter no solamente patógeno sino el patológico está ligado a la presión por repetir una determinada conducta —puramente representacional o conductual—, a pesar de los efectos perjudiciales para el sujeto y/o su entorno. Este modo de responder a ciertas situaciones, internas o externas, se vuelve el único o preferente con los cuales se confronta el sujeto.

El impacto de la evolución social

Podemos considerar que tanto el aumento cuantitativo de los jóvenes como la evolución liberal de la sociedad han puesto en entredicho las reglas educativas que regían las relaciones entre las generaciones y han postulado la autoestima y la autoimagen de los adolescentes. Aparecen nuevas formas de mediación para administrar la distancia relacional y los conflictos entre las generaciones. El ámbito “psi” representa una de sus variantes.

A la problemática que supone el conflicto pulsional, ligada a fuertes prohibiciones propias de las sociedades con reglas transaccionales rígidas, le substituye una problemática del vínculo. En este caso, la distancia relacional no puede modularse más que por el sesgo de los límites y de las diferencias claramente manifiestas. El mantenimiento del vínculo es más necesario cuanto más pleno está de expectativas narcisistas recíprocas y, a la vez, su mantenimiento sirve para contrainvestir una agresividad que las dificultades para manejarla, obliga a reprimir. La intolerancia al vínculo es un movimiento de “nudo corredizo” que termina por amenazar hasta la identidad misma del sujeto que, en todo caso, contribuye a organizar en esta edad la personalidad del sujeto.

Con los adolescentes, estamos constantemente situados en la frontera entre dos mundos. Uno estaría representado por los adolescentes que tienen, a nivel psíquico interno, los recursos suficientes para manejar de manera relativamente autónoma sus conflictos. Constituyen el campo privilegiado de las aproximaciones terapéuticas individuales y de la psicoterapia. El otro se compone de aquellos adolescentes en los cuales las dificultades tienen esencialmente una expresión a nivel del comportamiento, implicando siempre al entorno. En estos casos se requiere, previamente, el establecimiento de un marco capaz de contener y apaciguar sus conflictos y darles sentido, para permitir un eventual trabajo psicoterapéutico. Nuestra experiencia nos ha mostrado que existe una relación en espejo entre el desbordamiento de los conflictos del adolescente sobre el mundo externo y una presencia, durante la infancia, de los conflictos del entorno en el espacio psíquico del niño, que no le permitieron construir unas fronteras seguras y un territorio propio.

El modo de funcionar del adolescente es revelador de lo que ha padecido de niño y que ha contribuido a

como se ha organizarlo. Es el peso de la historia del sujeto, de su organización interna tal cual se elaboró durante su infancia, pero también de sus determinantes genéticos, los que van a conferir toda su importancia a las respuestas del entorno. Por una aparente contradicción, cuanto más influyente es el mundo interno, más susceptible es la realidad externa de servir de contrapeso y de jugar un rol importante.

Esta sensibilidad a los cambios será, sin duda, más pronunciada entre los adolescentes más vulnerables a causa del peso de su herencia y su historia. La adolescencia para ellos amenaza con no ser más que una reactualización de las dificultades del pasado y un traumatismo suplementario en la serie de “traumatismos acumulativos” (M. Khan) que jalonan su historia. Pero esta noción de vulnerabilidad es muy relativa y resulta de una dialéctica que se mueve entre realidad interna y realidad externa. En efecto, la realidad interna no es una cosa en sí que fija su propia trayectoria independientemente de los efectos de resonancia que reencuentra en la realidad. Estos efectos de resonancia pueden influir en la evolución, en sentidos diametralmente opuestos, con lo cual es muy importante pensar esta articulación dentro-fuera, en términos de funcionamiento psíquico.

El juego de las investiduras y de las contrainvestiduras, así como su evolución, no depende entonces sólo de fuerzas internas, sino también de la naturaleza de las respuestas aportadas por la realidad externa. Muchos adolescentes, especialmente aquellos que dan muestras de un registro de trastornos de la personalidad y de la conducta, pueden tener una evolución totalmente diferente frente a organizaciones psíquicas similares. A menudo es en la adolescencia cuando opera esta báscula en un sentido u otro. Lo que pasa a esta edad es susceptible de determinar la manera en la cual un sujeto va a utilizar sus potencialidades ya sea en el sentido de mantener suficientemente su autoestima y asegurarse la posibilidad de unos intercambios satisfactorios con los otros o, por el contrario, le sitúe en una vía que lo lleve a desarrollar unas conductas negativas de autosabotaje de sus potencialidades. *La orientación que tome esta evolución de depende, especialmente, de la naturaleza de los encuentros del adolescente con el mundo que le envuelve y de las personas que componen este último.*

La realidad externa aparece, pues, como una mediación susceptible de reforzar o de desorganizar las estructuras del aparato psíquico. Se trataría, sobre todo,

de hacer narcisísticamente tolerables las investiduras objetales y evitar, así, una brutal confrontación con la paradoja enunciada anteriormente. Se puede conseguir de varias maneras. Los objetos externos, especialmente los padres, pueden ser unos mediadores de los objetos internos, al “corregir” con sus actitudes concretas lo que estos objetos pueden tener de espantoso y acuciante, contribuyendo de esta forma a matizar y a humanizar el superyó y el ideal del yo. Pueden, igualmente, crear las condiciones de un funcionamiento e intercambio placentero que autorize al adolescente a reinvestir libidinalmente los lazos objetales, sin tener que tomar consciencia de la importancia de esos objetos. Encontramos de nuevo las condiciones del aire transicional de la primera infancia o, de lo que ciertos autores han preferido llamar el “objeto transformacional” (Bollas, Braconnier, 1986). Pero estos mismos objetos también son susceptibles, gracias a su diversidad como al recuerdo perceptivo de la diferencia entre los sexos, de reforzar una tercera función vacilante y amenazada por la regresión y la desdiferenciación.

El funcionamiento familiar puede favorecer o dificultar este proceso. La crisis en la “mitad de la vida” que suelen vivir los padres en el momento de la adolescencia de sus hijos, entra a veces en resonancia con la problemática del adolescente y favorece la confusión entre las generaciones y el desconcierto de los límites en el adolescente. Pasa lo mismo cuando el adolescente actualiza, en los padres, los conflictos no resueltos con sus propios padres y que son actuados a través de los de sus hijos. Este efecto de resonancia amplifica los conflictos y contribuye a dar a los adolescentes el sentimiento de ser desconocidos en su identidad y movidos por fuerzas de las cuales se sienten extraños.

También es muy importante el rol de las figuras de mediación ofrecidas por la sociedad: profesores, interventores sociales, pero también grupos de iguales, ideologías y religiones. Pueden ser soportes provisionales que ofrecen al adolescente unos apoyos, salvaguardando sus necesidades de investidura con una imagen de sí mismo que resulte narcisísticamente aceptable. O bien, ofrecerse, como en las sectas y en ciertas ideologías, como un desenlace que bajo la máscara del descubrimiento, oculta los reencuentros con las necesidades infantiles fusionales que alienan al individuo en una relación totalitaria indiferenciante.

Esta aproximación conduce a poner el acento en la

importancia de los ajustes de esta realidad externa y el rol de la misma como auxiliar del aparato psíquico que favorece o impide el juego de las investiduras y contrainvestaduras. Esta aproximación resulta interesante pues deja atrás ciertas oposiciones entre los fantasmas propios y la realidad externa. De hecho, no podemos pensar los unos sin los otros, y la especificidad de la adolescencia es poner en tela de juicio, inevitablemente, su articulación. Es esta articulación dinámica el elemento esencial de la investigación, como puede ser en el caso terapéutico. Focalizar en uno u otro de los términos sin pensar en su relación evolutiva, conduce a registros sobre el contenido, pero que amenazan con favorecer uno de los términos en detrimento del otro.

En este sentido, los modos de organización psíquica son más dependientes del entorno psicosocial que lo que se decía clásicamente. Para sostenerse en la continuidad de su funcionamiento, la organización psíquica necesita de una congruencia mínima entre su modo de organización y las respuestas sociales. Demasiada distancia entre ellos, encapsula o desorganiza el funcionamiento intrapsíquico. Nos parece, pues, que el aumento actual de los estados límites, de las patologías narcisistas y de los trastornos de conducta en la adolescencia no refleja tanto unos cambios estructurales en profundidad de la organización psíquica de los adolescentes, como unas nuevas formas de expresión de las organizaciones psíquicas similares a las del pasado y congruentes con la evolución social y el comportamiento de los adultos.

Traducción de Vicenç de Novoa

Bibliografía

CAHN, R (1998). *L'adolescent dans la psychanalyse. L'aventure de la subjectivation*. Paris, PUF, p. 211.

BOLLAS, C (1978). The transformational object, *Int. J. Psycho-Anal*, 60, 97-107.

BRACONNIER, A (1986). *Réflexions sur les transformations psychiques*. A propos de l'adolescence, in: Fedida P. (Ed.) *Communication et représentation*. PUF, Paris, 21-35.

DENIS, P (1997). *Emprise et satisfaction*. Paris, PUF, p. 262.

JEAMMET, PH; CORCOS M (2001). Evolution des problématiques à l'adolescence: L'émergence de la dépendance et ses aménagements, in *Références en Psychiatrie*, Doin Editeurs, Paris, p. 94.